
Didáctica

Filosofía-Formación

Luis Jiménez Moreno

Instrucción o Formación

Hace años, en reuniones de profesores de Filosofía, preferentemente cuando los profesores dedicaban su actividad filosófica a Bachilleres o Preuniversitarios, al poner a prueba reflexivamente en conjunto la propia actividad docente, se nos planteaba de continuo esta pregunta, ¿qué pretendemos con la filosofía, instruir o formar? Cuando tratamos con estudiantes que no pretenden continuar estudios filosóficos universitarios, y menos aun, profesionalizar la filosofía, sin que deje de plantearse para quienes muestran vocación filosófica declarada, ¿cuál es el papel principal de los estudios filosóficos?

No cabe duda que nunca se trataba de eliminar el conocimiento de las cuestiones filosóficas del programa lo más precisamente posible y, desde luego, de las filosofías de los filósofos. Pero era preciso advertir, ¿podemos contentarnos con adquirir conocimientos, detallados y bien trabados como posesión erudita, o puede pretenderse filosóficamente una capacitación para descubrir el problema filosófico, hacerlo propio y llevar la actividad filosófica propia en su aplicación al planteamiento y reflexión crítica sobre diferentes actuaciones y conocimientos?

Aprender a filosofar

El gran educador y gran filósofo, Sócrates, iniciador de una poderosísima corriente filosófica, no se decidió nunca a escribir filosofía y sí a despertar la actitud y la actividad filosóficas para saber, y explicaba su nominación como «el hombre más sabio de la Hélade» ante el oráculo de Delfos, por reconocer aquello de «sólo sé que no sé nada».

El filósofo y teólogo Cardenal Cusano hará su filosofía de «la docta ignorancia». Con el criticismo, en la época de mayor admiración por el saber y la filosofía, el siglo de los Ilustrados, Immanuel Kant afirmará que no puede aprenderse filosofía como se aprenden otras materias escolares¹, pues «no se aprende filosofía, sino que se aprende a filosofar».

La filosofía como formación

En las distintas épocas de la cultura, se suele referir la filosofía como algo totalizador y cuestionador de sentido. Por lo cual, la actividad filosófica, más que la filosofía misma, o la filosofía en sí, es lo que hará efectiva la fuerza y la validez filosóficas en el hombre como individuo, como ciudadano y como conocedor de muchas materias.

La obra filosófica más completa entre los *Diálogos* de Platón, «la *República*, comenta Werner Jaeger, es, ante todo, una obra de formación humana»², pues ya el autor de *Paideia*, había consignado que «Platón fue el primero que consideró la esencia de la filosofía en su relación con la educación de un nuevo tipo de hombre»³.

El programa que sugiere Platón a propósito de la virtud humana, que conlleva la sabiduría, estará unido a un esfuerzo capacitador, pues no se trata de una «contemplación pasiva, sino que el "afán por saber" implica manifiestamente una actividad que ha de practicarse conforme al rigor de sus exigencias, acometiéndolo esforzadamente $\theta\alpha\rho\rho\acute{\upsilon}\gamma \Sigma\epsilon\omega\kappa\epsilon \kappa\alpha\iota \acute{\alpha}\gamma\kappa\epsilon\iota$ poniendo a prueba el objeto mismo de la actividad, el saber»⁴.

Esta capacitación del hombre, mediante la filosofía, la sigue analizando el filósofo de Atenas en el mismo *Eutidemo*, en distintas situaciones. Los

¹ «El joven está acostumbrado a *aprender* las enseñanzas de la escuela. Del mismo modo piensa él que *aprenderá filosofía*, pero esto es imposible, pues ahora él debe *aprender a filosofar*». KANT, Imm.: «Nachricht... in der WS. 1765-1766», A 5; *Werke*, (Weischedel, I-II, p. 908).

² «La *república* platónica es, ante todo, una obra de formación humana. No es una obra política en el sentido usual de lo *político*, sino en sentido socrático. Pero la gran verdad educativa que la *república* ilustra plásticamente es la estricta correlación entre la figura y el espacio. No se trata sólo de un principio artístico, sino de una ley del mundo moral. El hombre perfecto sólo puede formarse en un estado perfecto, y, viceversa: la formación de este tipo de estado es un problema de formación de hombres. En esto estriba el fundamento de la correlación absoluta que existe entre la estructura interna del hombre y la del estado, entre los tipos de hombre y los tipos de estado. Y esto explica también la tendencia constante de Platón a subrayar la atmósfera pública y su importancia para la formación del hombre». JAEGER, Werner: *Paideia*, p. 656. México, F.C.E., 8^a, 1983.

³ *id.*, *ibid.*, p. 150.

⁴ «No se trata de una contemplación pasiva, sino que el "afán por saber" implica manifiestamente una actividad que ha de practicarse conforme al rigor de sus exigencias, acometiéndolo esforzadamente (*Eutidemo*, 307 bc) poniendo a prueba el objeto mismo de la actividad, el saber— —». JIMÉNEZ MORENO, L.: «La *episteme* platónica: praxis y creación humanas», f. 22; (Inédito, 1971).

diversos actos que han de tener lugar en orden a la consecución de la *episteme*, ya se trate de aprender, en el caso que alguien «no tenga ciencia alguna acerca de la acción» o ya se trate de comprender, el que estando provisto del conocimiento, se sirve de él para examinar el mismo objeto conocido, sea en la práctica, sea en la teoría —ἡ πραττόμενον ἢ λεγομενον— (de lo que se hace o de lo que se dice). Tenemos abiertamente reconocido este saber que Platón llama *episteme*, en cuanto *praxis*, una actividad, tanto si se trata de aprender algo cuando primeramente se pretende reconocerlo, como cuando se prosigue precisamente con esa *episteme*, que de alguna manera ya se posee, hasta comprender explicativamente lo que se ha hecho o se ha dicho, el objeto de que se trata⁵.

Tal vez la afirmación más expresiva de Platón sobre esta *paideia* filosófica del hombre culto, del ciudadano, la encontramos en su referencia a los gobernantes filósofos, como él los proclama en la *República*, en conexión imprescindible con la formación humana. Así lo propone Jaeger⁶: «Para Platón, será imposible una solución constructiva del problema griego de la formación del hombre en un sentido socrático y, por tanto, la superación de los males de la sociedad presente, mientras no coincidan el poder político y el espíritu filosófico. Así surge aquella famosa tesis platónica según la cual la miseria política del mundo no terminará hasta que los filósofos se conviertan en reyes o los reyes empiecen a investigar de un modo verdaderamente filosófico (*Rep.* 473cd). Este postulado ocupa el lugar central de su *República*».

Pero esta actitud y capacidad efectiva de filósofo no es cosa baladí para Platón y se dedica extensamente a precisarla porque escribe, «¿Daremos entonces el nombre de filósofos y no de amantes de la opinión a los que van en pos del ser en sí?

—Enteramente.»

Más adelante analizará este modo de ser verdadero filósofo el que convive con lo divino y ordenado, a lo que se asimila éste en cuanto su condición humana se lo permite. A modo de camino formativo, lo encontramos

⁵ id. *ibid.*

⁶ JAEGER, W.: *Paideia*, p. 658.

⁷ «... me parece necesario precisar cuáles son los filósofos que nosotros pretendemos para rectores de la ciudad.

«—¿No será justo afirmar que unos abrazan y aman todo aquello que es objeto de la ciencia, en tanto que otros se satisfacen con la opinión? ¿No recuerdas acaso lo que decíamos de estos últimos, que sienten deleite por las buenas voces y hermosos colores, pero que no tienen paciencia para admitir la existencia de lo bello en sí?

—Sí, lo recuerdo.

—¿Faltaríamos a nuestro deber si les llamásemos amantes de la opinión más bien que filósofos? ¿Podrían enojarse con nosotros si les aplicásemos ese calificativo?

—No lo harán —dijo— si en algo estiman mis enseñanzas, pues no es justo que se enojen con la verdad.

—¿Daremos entonces el nombre de filósofos y no de amantes de la opinión a los que van en pos del ser en sí?

—Enteramente». PLATÓN, *Rep.*, 474 b, 479 c; (*Obras Completas*, Madrid, Aguilar).

perfectamente descrito en la *Carta VII*⁸ la característica de la actividad y los logros filosóficos: «... es necesario mostrarles qué es la obra filosófica en toda su extensión, cuál es su propio carácter, sus dificultades y el trabajo que ella exige. Si el oyente es verdadero filósofo, apto para esta ciencia y digno de ella, por estar dotado de una naturaleza divina, la ruta que se le enseña le parece maravillosa y siente la necesidad inmediata de emprender este camino, pues no podría vivir de otra manera. Entonces, redoblando con sus esfuerzos los de su guía, *no afloja su paso hasta haber alcanzado plenamente el objetivo o bien hasta haber conseguido suficiente fuerza para caminar sin su instructor*. Este es el estado de ánimo en que vive este hombre: se entrega, sin duda, a sus actividades ordinarias, pero, en todo y siempre, se conforma con la filosofía este género de vida que le confiere, junto con la sobriedad, una inteligencia pronta y una memoria tenaz, así como la capacidad de razonar. Cualquier otra clase de conducta no deja de resultarle espantosa».

Podemos considerar también, en este sentido el Protréptico de la Filosofía que escribe Epicuro en su *Carta a Meneceo*⁹, considerando la filosofía o mejor la actividad filosófica como «cuidar de la salud del alma».

En la calamitosa época helenística, para una inmensa mayoría de los hombres, se afirma la filosofía como búsqueda del «ideal del sabio», mediante el cual pueda liberarse uno de la penuria y de las calamidades que por todas partes les rodeaban. Con Epicuro podemos referirlo a librarse de los grandes miedos que acosaban a los hombres, entre las sombras del desconocimiento. El filósofo del jardín, para conseguir la ausencia de dolor y propiciar el placer, educará a sus seguidores en las *fratrías*, haciendo ver que carece de fundamento ese miedo que se tiene a la muerte y a los dioses.

De este mismo modo, en la época que abre la Contemporaneidad con la *Revolución* y que socialmente tiene en máximo prestigio *le philosoph*, asumirá un amplio sentido la noción de filosofía como aspiración al saber y la pretensión de racionalidad y naturalidad para ahuyentar *el oscurantismo* con el esclarecimiento de las cuestiones. Se suponía que el origen de todos los males provenía del *oscurantismo*, ya fuera por ignorancia o por superstición. Tanto lo uno como lo otro podía ser vencido con la filosofía como clarificación de los problemas o Ilustración. El saber era posibilidad de actuar acertadamente, sabiendo actuar, ordenar e interrelacionar los diferentes saberes cultivados asimismo con estudio específico, según dedicaciones particulares y desde las diferentes particularidades pueden beneficiarse de una actitud y de una actividad filosóficas.

⁸ id. *Carta VII*, 340 d.

⁹ «Nadie por ser joven dude en filosofar no por ser viejo de filosofar se hastie. Pues nadie es joven o viejo para la salud del alma. El que dice que aún no es edad de filosofar o que la edad ya pasó, es como el que dice que aún no ha llegado o que ya pasó el momento oportuno para la felicidad. De modo que deben filosofar tanto el joven como el viejo. Este para que, aunque viejo, rejuvenezca en bienes por el recuerdo gozoso del pasado, aquél para que sea joven y viejo al mismo tiempo por su impavidez ante el futuro». *Carta a Meneceo*, 1 (122).

El filósofo español, José Ortega y Gasset, en *La rebelión de las masas*, lamenta «la barbarie del *especialismo*»¹⁰: «Habremos de decir que es un sabio ignorante, cosa sobremanera grave, pues significa que es un señor el cual se comportará en todas las cuestiones que ignora, no como ignorante, sino con toda la petulancia de quien en su cuestión especial es un sabio».

Cuando alguien despierta a la filosofía y se siente motivado para avanzar desasosegadamente por ese camino del saber, será porque ha descubierto algo que, sin poder tenerlo asido, le atrae y le impulsa como problema. No se trata de aprender de los libros para repetir palabras, ensartando relatos sin penetrar su sentido. La filosofía se hace viva, inquietante y exigente, cuando alguien descubre que una cuestión le afecta personalmente y no puede afrontarla ni cumplirla nadie por él, si bien pueden contribuir otros, los ya filósofos, anteriores o contemporáneos, a mejor plantear, proyectar y avanzar en su solución.

Se entra en la filosofía por la exigencia de comprobar personalmente lo valioso que puede haber en torno suyo, y sobre todo, cuando uno se percató que también él puede pensar, que sus criterios tienen valor, ya que él mismo ve las razones por las que son valiosos y llega a desconfiar o superar incluso los razonamientos que se le habían propuesto.

Por lo mismo, no puede tratarse *nunca* de inculcar o de asumir una filosofía por acomodo, adaptación o quizá domesticación, dentro de un *establishment* o de unas creencias dominadoras. Si bien, no podrá uno resolver plenamente todo problema con energía y acierto por criterio propio, la actitud filosófica pretenderá conseguir una conducta independiente, con posición propia, sabiendo analizar y valorar sus opiniones y actitudes, pues no cuenta tanto acumular nociones, sino ejercitarse en descubrir problemas, analizar palabras y situaciones, proponer orientaciones, relacionar conocimientos, descubrir sentido y someter continuamente a prueba cuanto acontece, cuanto se dice y cuanto se sabe.

Por lo tanto, al filosofar, tanto o más que la erudición de conocimientos debiera contar, apoyándose en la riqueza inmensa de saberes que se acumulan en la filosofía hecha que tenemos a disposición, la capacidad de descubrir el problema filosófico. Si uno descubre tal problema tiene que reconocerlo como algo que personalmente desea comprender y le interesa resolver.

El problema filosófico no es comunicable, pero se puede contribuir a que surja, a que se despierte para que aparezca apremiante con la emoción del descubrimiento, siempre inacabado, debiendo ir también acompañado de *libertad y crítica*, de *espontaneidad y creatividad*, más atentos a la innovación que uno vive al hacerlo suyo, propio, el problema, novedoso para él, que a la originalidad o sorpresa ocurrente ante los demás, al despertarles sobresalto y gracejo como nadie se lo hubiera hecho aparecer de esa manera.

¹⁰ ORTEGA Y GASSET, José: *La rebelión de las masas*, 1.ª, 12. «La barbarie del especialismo».

Calidad de vida

La ejercitación filosófica es un *prattein*, un actuar y saber actuar, cuya acción inmanente tiene su efecto primariamente en quien lo realiza y por eso podemos referirnos a cierta calidad de vida.

Si Ortega y Gasset atribuía a la filosofía la tarea de «saber a qué atenernos», o refiere Jürgen Habermas que puede valer como actividad de la razón encaminada a saber hacer para que no nos timen, ¿cómo respondemos nosotros mismos a la pregunta «para qué» de la filosofía? Desde luego no es lo mismo preguntar *para qué sirve*, o preguntar *si vale o no*, si la filosofía es algo valioso. La referencia a un valor exige precisar en qué ámbito de valoraciones puede encontrarse cómo vale la filosofía. Este valor de la filosofía, como tantos otros, no puede ser aprendido por cualquiera. Me parece muy apropiada la estimación de Beltran Russell en *Los problemas de la filosofía*¹¹: «Si todos los hombres vivieran bien, si la pobreza y la enfermedad hubiesen sido reducidas al mínimum posible, quedaría todavía mucho que hacer para producir una sociedad estimable; y aun en el mundo actual los bienes del espíritu son por lo menos tan importantes como los del cuerpo. El valor de la filosofía debe hallarse exclusivamente entre los bienes del espíritu, y sólo los que no son indiferentes a estos bienes pueden llegar a la persuasión de que estudiar filosofía no es perder el tiempo».

En este mismo sentido, como valor efectivo de la filosofía en nuestro modo de vida, lo encontramos reconocido en el divino Platón, en su diálogo *Menón*¹², cuando afirma Sócrates: «Considerando como un deber el buscar lo que ignoramos, nos volvemos mejores, más enérgicos, menos perezosos que si consideramos imposible y ajeno a nuestro deber la búsqueda de la verdad desconocida». Y más expresamente todavía en *República*¹³, leemos: «Así, pues, el filósofo que convive con lo divino y ordenado, se hace también ordenado y divino en cuanto su condición humana se lo permite. Y eso que en todos los terrenos se prodiga la calumnia.

—En todos, en efecto.

...Luego, a mi juicio, dirigirán frecuentes miradas a uno y otro lado, es decir, a lo naturalmente justo, bello y dotado de templanza, y a todas las demás virtudes, así como a cuantas pueden infundirse a los hombres por la mezcla y la combinación de distintos elementos, con lo que formarán el modelo humano apoyado en lo que Homero llamó divino y semejante a los dioses cuando se encuentra innato en los hombres».

La sabiduría se constituye platónicamente en un bien que lleva consigo actuar correctamente y tener buen éxito¹⁴: «la sabiduría es la que, en toda ocasión, hace que la gente consiga su objeto y tenga éxito». Pues es evidente,

¹¹ RUSSELL, Bertrand: *Los problemas de la filosofía*, cap. XV.

¹² PLATÓN, *Menon*, 86 b.

¹³ id. *República*, 500 d-e.

¹⁴ id. *Eutidemo*, 279-280.

«la sabiduría no puede tomar nunca un camino falso, sino que debe necesariamente obrar como es debido y debe alcanzar el fin; sin ello dejaría de ser sabiduría».

Podemos descubrir también, en el libro antes aludido de Ortega y Gasset, el diferente valor de la filosofía, en el desamparo a que se ve reducida por la apremiante obsesión entre la masa de los técnicos¹⁵: «La filosofía no necesita ni protección, ni atención, ni simpatía de la masa. Cuida su aspecto de perfecta inutilidad, y con ello se libera de toda supeditación al hombre medio. Se sabe a sí misma, por esencia, problemática, y abraza alegre su libre destino de pájaro del Buen Dios, sin pedir a nadie que cuente con ella, ni recomendarse, ni defenderse. Si a alguien, buenamente, le aprovecha para algo, se regocija por simple simpatía humana; pero no vive de ese provecho ajeno, ni lo premedita, ni lo espera».

Las tareas de la filosofía

Se cierne de continuo la «tesis 11 sobre Feuerbach» que Carlos Marx escribió anteponiéndolas a *La Ideología alemana*, en 1845¹⁶: «Los filósofos han interpretado el mundo de diferentes maneras, lo que importa es transformarlo».

No es del todo exacto que la filosofía se haya mantenido totalmente al margen de los acontecimientos. Los filósofos han estado siempre en conexión con las creencias y los modos culturales de su pueblo. Unas veces apuntalando lo que se creía y otras abriendo nuevos caminos, descubriendo problemas y proyectando nuevos modos de vida. Con todo, la actitud ilustrada tomó conciencia clara de la efectividad del saber, no sólo para vencer a la naturaleza obedeciendo sus leyes, sino buscando también racionalidad para denunciar las desigualdades sociales y atreverse a saber para afirmar la libertad y la soberanía de cada uno de los hombres en sociedad como culturalmente diversos.

Tendremos también la sugerencia de Nietzsche para el filósofo¹⁷ «Va pareciéndome, cada vez más, que el filósofo como un hombre *necesario* del mañana y del pasado mañana, se ha encontrado y *debe* encontrarse siempre en contradicción con su hoy... su tarea ha sido ser la mala conciencia de su tiempo... Su propio secreto saber una grandeza *nueva* del hombre y encontrar un camino nuevo, no recorrido todavía para su engrandecimiento».

Tampoco podemos dejar de referir la tarea que Platón atribuye al quehacer filosófico, desde luego actualizable, como lo recoge Werner Jaeger en su *Paideia*¹⁸: «en la *República* no aparece como el destino final del filósofo la vida

¹⁵ ORTEGA Y GASSET, J.: *O. c.*, 1., IX «Primitivismo y técnica».

¹⁶ MARX, Carlos: *Tesis sobre Feuerbach*, XI.

¹⁷ NIETZSCHE: *más allá del bien y del mal*, VI, 212.

¹⁸ JAEGER, W.: *Paideia*, pp. 674-675.

predominantemente contemplativa que se ve obligado a llevar dentro del mundo circundante actual. En la república ideal, el filósofo saldrá del estado de mera contemplación para abrazar un estado de creación. Se convertirá en "demiurgo" y trocará la única labor creadora que le es dado realizar bajo las circunstancias actuales, la de su propia formación *ἑαυτὸν πρᾶττειν*, por la de la formación de caracteres humanos *ἤθη*, ya sea en el campo de la vida privada o en el del servicio público».

Con la división de saberes que establece Aristóteles *θεωρεῖν*, *πρᾶττειν*, *ποιεῖν*, podemos atribuir a la formación filosófica saber observar, saber actuar y saber construir. Si corresponde al saber una preocupación ordenadora y totalizadora de las multiplicidades y particularidades, con búsqueda de sentido. En los saberes particularizados, perfectamente científicos en el objeto y en el ámbito que se estudia y su precisión metodológica para garantía de acierto, no entran de suyo las pretensiones de ordenar y unificar cuanto se sabe referido a naturaleza y cultura. No se resuelven en los conocimientos particularizados preguntas y exigencias de precisión en los planteamientos que sólo son posibles en una actitud y actividad filosóficas. La realización efectiva de tal actividad no tiene que ver con la división profesional del trabajo, sino con el modo de plantear la cuestión, estructurar y precisar, que es una actividad filosófica y la llevará a cabo quien sea capaz y tenga disposición para ello, no por el hecho de títulos sociales adquiridos.

En la formación de un ciudadano culto, en el ejercicio de un científico consciente, han de surgir cuestiones que reclama su labor y no es suficiente la respuesta ingenua o tradicional de carácter general en asuntos de extremada importancia para la vida, para el saber y para la sociabilidad, ni tampoco pueden quedar estrechadas en el ámbito cerrado o inconexo de su profesionalidad especializada.

Para la ciudadanía y para la científicidad habrán de surgir cuestiones de conocimiento, gnoseológicas, epistémicas y metodológicas; cuestiones de realidad natural y cultural, físicas, ontológicas y preferentemente antropológicas, y también cuestiones del valor de los objetos y de las acciones, en diferentes dimensiones, estéticas, éticas, religiosas y otras, para atender a lo cual, si surge, se hace preciso recurrir a la filosofía.

Conclusión

Para terminar, a modo de test proyectivo, nos manifestamos en todo lo que hacemos y lo que asumimos, reflejando siempre, en cada momento, la propia personalidad y el estilo de cada uno. Por esto, podemos tener presente la afirmación de Fichte sobre la diferente acepción de la filosofía, cada uno se adhiere, cultiva o ejerce aquella filosofía que responde al hombre que él mismo es.